

LA SINODALIDAD EN LA VIDA Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA
SÍNODO 2023. FASE DIOCESANA-PARROQUIAL
Parroquia del Santísimo Redentor. Sevilla

INTRODUCCIÓN:

Este Sínodo, a través de las reflexiones sobre 10 Temas, nos presenta dos “*preguntas fundamentales*”. A cada una de ellas nosotros hemos respondido bajo dos aspectos distintos:

Pregunta 1.- En una Iglesia sinodal, que anuncia el Evangelio, todos “caminan juntos”. ¿Cómo se realiza hoy este “caminar juntos”

Aspecto 1: Análisis de la realidad: ¿Qué debilidades percibimos en la Iglesia?

Aspecto 2: ¿Qué fortalezas percibimos en la Iglesia?

Pregunta 2.- ¿Qué pasos nos invita a dar el Espíritu para crecer en nuestro “caminar juntos”?

Aspecto 3: Identificar los desafíos que se presentan en la iglesia, a nivel local, diocesano y general

Aspecto 4: Qué aspectos de nuestro actuar en la Iglesia deberíamos reforzar y privilegiar para dar un impulso creativo hacia el futuro.

Por último, hemos completado la aproximación:

Aspecto 5: ¿Cuáles han sido nuestras vivencias personales y grupales mientras hemos realizado las reflexiones que nos ocupan?

Como indica el Documento Marco, 4.1 “*El objetivo no es responder a todas las preguntas, sino elegir núcleos y las preguntas más relevantes para el propio contexto local. También se pueden formular otras preguntas. Como guía general, pedimos dar más énfasis a las preguntas que evocan historias personales y experiencias de vida real, que a las declaraciones doctrinales*”.

La presente Síntesis final de la Parroquia del Santísimo Redentor de Sevilla se ha elaborado siguiendo esta pauta a partir de las conclusiones presentadas por los 14 grupos de reflexión sinodal que han hecho este camino en la parroquia. En total han sido unas 140 personas de la parroquia las que se han involucrado, con el valor añadido de que algunas de ellas han salido del marco parroquial y creyente para captar sus opiniones.

Aunque la mayoría de los grupos ha seguido en su reflexión el material elaborado por la diócesis de Tortosa, a la hora de elaborar esta síntesis se ha preferido otra presentación diferente, que es la indicada anteriormente. No ha sido fácil trasladar las propuestas a un nuevo esquema, pero hemos decidido esta forma porque veíamos ventajas a la hora de presentarlo a la parroquia y, sobre todo, para que nos sirviera de material para la reflexión para futuras asambleas parroquiales.

Como se podrá observar las cuestiones reflejadas no presentan una línea única y, en ciertos momentos, pueden parecer hasta contradictorias. Ya hemos dicho que son muchas personas y de experiencias humanas y religiosas (o agnósticas o ateas) muy diversa. Igualmente, sobre todo en el primer apartado, puede aparecer una visión un tanto pesimista de la Iglesia. La visión de la Iglesia ofrecida habrá que completarla con el reto de los aspectos en otros apartados que se señalarán. Nuestra mayor preocupación ha sido la fidelidad a lo expresado por los grupos.

I.- ASPECTO 1.- DEBILIDADES DE NUESTRA IGLESIA (Análisis de la realidad).

A continuación enumeramos algunos rasgos señalados por los participantes en los diferentes grupos:

- **Una Iglesia herida:**

La corrupción, los abusos sexuales, la división en el seno de la misma ha traído mucho dolor y un alejamiento de Dios y de la comunidad. Afrontado estos problemas y no meter la cabeza debajo del ala favorecería la imagen de la Iglesia. Muchos bautizados se han ido desencantados y no sabemos cómo atraerlos. También se percibe una iglesia desbordada por el rápido proceso de secularización. Igualmente se deja constancia del alejamiento de la iglesia de personas con sed de espiritualidad que se han ido a saciar su sed a otras fuentes. Estas personas pueden ser “un signo de los tiempos”.

- **Iglesia poco visible socialmente:**

Poco activa ante los problemas del mundo (hambre, guerra, injusticias) que, además no sabe presentar como propios algunos logros evidentes (Cáritas, Manos Unidas contra el hambre, ONGs confesionales católicas). Poco influyente en los medios de comunicación y redes sociales de cara a crear y opinión. Unido a esto podemos señalar una orientación política muy unida a fuerzas de un determinado signo e incapaz de acoger en su seno otras opciones políticas.

- **Una Iglesia en confrontación con la sociedad:**

Se constata la visión que se tiene desde fuera como una Iglesia moralizadora, anticuada, poco generosa, autoreferencial, que se cree poseedora de la verdad, poco transparente y opuesta a “logros” reales o supuestos en campos como la sexualidad, el aborto, eutanasia y con dificultad para dialogar con otras visiones del hombre y de la sociedad. La agresividad que a veces percibimos en los no creyentes o alejados la interpretamos, en ocasiones, como “revancha” por el monopolio ideológico que en tiempos ejerció.

- **Una Iglesia “museo”.**

Vacía. Iglesia que no responde a las inquietudes y necesidades de nuestro tiempo, sobre todo de los jóvenes. Se percibe una Iglesia con una maquinaria muy pesada y de reacción lenta en un mundo que cambia a ritmo vertiginoso.

- **Una Iglesia poco dialogante y participativa:**

Se afirma que es una comunidad con muchos “espectadores”, pero poco implicados en la celebración y en la vida. La mayoría de los fieles tienen poca conciencia de comunidad; para muchos cristianos ser creyente es cumplir los preceptos y mandamientos. Una de los elementos que se señala como causa de esta apatía es la falta de formación de los fieles. En este apartado se puede incluir la petición casi común de dar más protagonismo a la mujer. La mujer es la mayoría de la comunidad y están capacitadas para asumir responsabilidades (algunos proponen también el sacerdocio). La mayor participación de la mujer generaría otra forma de ejercer el servicio y la autoridad.

- **Iglesia invitada a escuchar.**

Percibimos una jerarquía que escucha poco. Nuestra Iglesia ha sido, y en parte es, una iglesia de “obedientes” y “oyentes”.

Creemos que los obispos tienen poca relación con los cristianos de a pie. Con frecuencia también los sacerdotes están alejados de la vida normal del pueblo. Unido a esto percibimos rasgos de clericalismo, machismo, personalismos...

En la Iglesia predomina una mentalidad dogmática más preocupada por lo que "lo que creemos" que por lo que vivimos o queremos vivir. Hay muchas actitudes que indican que se "escucha" poco a los más desfavorecidos; a los jóvenes, que no encuentran en la Iglesia el referente que necesitan; a las mujeres; divorciados y vueltos a casar; sacerdotes que han abandonado el ministerio, y tampoco a los mayores; pese a ser mayoritaria su presencia en la actividad diaria de las parroquias. Los prejuicios racistas y machistas tienen demasiada importancia.

Constatamos una iglesia endogámica. Escucha a los suyos. El que disiente, incluso agresivamente, puede estar diciéndonos la verdad. Se recoge la expresión del papa Francisco de que el pastor debe "oler a oveja". En este mismo apartado se pueden recoger las aportaciones que nos hablan de que la autoridad se ha ejercido más como poder que como servicio y esto ha facilitado la comisión de algunos abusos de los que ahora somos víctimas. Por lo que conocemos de los organismos de participación (consejos pastorales parroquiales) tienen poca incidencia en la vida parroquial. Con frecuencia nos inhibimos ante las propuestas y dejamos hacer.

Como Iglesia vamos por detrás del avance de la sociedad, no vamos acorde a la realidad social, Pero el mensaje de Jesús es muy claro: Iglesia somos TODOS.

II.- ASPECTO 2: FORTALEZAS (Análisis de nuestra realidad eclesial).

A pesar de la imagen un tanto negra y pesimista que puedan sugerir los anteriores apartados de debilidades y desafíos, los participantes en la reflexión constatan signos de esperanza y realidades altamente positivas en la comunidad eclesial que los motiva para seguir adelante en su pertenencia a la comunidad. No podemos quedarnos con la impresión que nos deja el anterior análisis. Sería incompleto e injusto. Vemos que hay otra realidad que convive con la anterior y que intentamos desglosar a continuación:

Importancia de la Palabra de Dios:

La gran fortaleza de nuestra Iglesia es su disponibilidad para escuchar la Palabra de Dios, pensando que es el Espíritu Santo quien nos ilumina y nos hace tener confianza plena en Él, a quien nos encomendamos para hablar con valentía, franqueza y responsabilidad en la Iglesia y en la sociedad. Es la fuerza de la fe.

Nuestra fortaleza reside también en el sentido de comunidad en parte de los bautizados, junto con la conciencia de la necesidad de la conversión pastoral. Dejamos constancia de una mejor formación sobre la Biblia: En varios grupos hay referencias continuas a la importancia de la Biblia y, sobre todo, de los Evangelios en orden a iluminar nuestra vida y nuestra capacidad de discernir la voluntad de Dios.

También señalamos la mejor formación en otros temas como el diálogo con el mundo moderno, cuestiones de bioética (aborto, eutanasia, cuidados paliativos, sedación, etc.)

Sentido de comunidad:

Esta conciencia de comunidad nos hace destacar:

-Vivir nuestra fe y oración junto con los hermanos, lo que conlleva la necesidad de caminar juntos. Los grupos de reflexión, oración y acción sea a nivel parroquial o diocesano son así un ámbito privilegiado para crecer en la vida de la fe. Nuestra parroquia ofrece distintas posibilidades de encuentro y vida en la comunidad. Se mencionan los grupos de liturgia, catecumenado de adultos, catequistas, matrimonios que permiten dialogar y madurar la fe y el sentido eclesial.

-La madurez de un grupo notable de laicos capaces de liderar proyectos eclesiales

-La voluntad de querer ser escuchados y de participar

-La presencia de las mujeres en actividades de la Iglesia, a pesar de su marginalidad en el liderazgo de la misma por razones de tradición.

-La experiencia de los Consejos diocesanos y parroquiales, a pesar de sus limitaciones, es positiva y enriquecedora (Hay que cubrir aún la ignorancia y desconocimiento que existe de estos cauces de participación).

-La convocatoria del Sínodo y la metodología de participación adoptada nos parece sumamente valiosa y acertada. El que se haya consultado sobre nuestra visión y esperanzas para la Iglesia y el camino de sinodalidad lo vemos como un itinerario certero. Las reuniones de reflexión sobre la Iglesia provocadas por la convocatoria del Sínodo nos han servido para dialogar, conocernos mejor, saber más de la Iglesia y de la parroquia. Ha fortalecido nuestro sentido de pertenencia, al mismo tiempo que han permitido visibilizar las diferencias entre nosotros manteniendo la unidad de fe y de comunidad. Esta sinodalidad funcionará si generamos cauces de expresión y participación a todos los niveles.

-Percibimos una parroquia cercana y que ofrece cauces de formación y participación, así como itinerarios de fe; a través de nuestro comportamiento en el servicio a los demás y siendo coherentes en nuestra forma de vivir: hacemos misión.

-Este sentido comunitario en nuestra parroquia ha llevado a algunas personas a interrogar a no creyentes y manifiestamente alejados e incluso combativos contra la Iglesia (Recogemos en los apartados correspondientes estas opiniones, las cuales sintetizamos en: Más coherencia, bajarse del pedestal, más Pueblo de Dios y menos jerarquía, aceptar la diferencia, menos nostalgia de otros tiempos y más visión de futuro y mensaje esperanzado, rejuvenecimiento de la jerarquía, menos victimismos, más participación, replantear la moral sexual y las cuestiones de bioética, etc.). Positivo en estas aportaciones: buena parte de estos alejados valoran por encima de todo la labor social y la acción caritativa de la Iglesia.

- Escuchar a los extraños es una fortaleza.

Las celebraciones:

Las celebraciones son la base de nuestra vida. Hacen que tomemos conciencia de que todos venimos al mundo con una misión, y tratamos de averiguar cuál es. De entre ellas destacamos:

-La misa, centro de nuestra vida religiosa, tiempo para dar gracias a Dios y descubrir que Él está en los buenos y malos momentos. La celebración nos ayuda a transmitir la fe.

-Celebraciones penitenciales, Exposición del Santísimo y el resto de celebraciones relacionadas con los diversos sacramentos nos ayudan a sentir la alegría de pertenencia a la comunidad que celebra y vive.

Conciencia de fragilidad y necesidad de cambio:

Los diálogos entre los miembros de los grupos han puesto de manifiesto nuestra fragilidad lo cual es también una fortaleza en sí mismo, dado que ha desarrollado la capacidad de autocrítica.

Acción caritativa y social:

Sin lugar a dudas la acción social y caritativa de la Iglesia es el aspecto más valorado de la actividad eclesial. Cáritas es el buque insignia del trabajo en favor de la promoción humana, pero no el único. En nuestra parroquia Cáritas tiene dos brazos: el modelo más conocido y tradicional de Caritas nacional, diocesana, parroquial y el Proyecto Pedro Donders, de atención a las Personas sin Hogar, éste último dedicado a atender en la calle las necesidades de los hermanos sin hogar, así como a ofrecerles espacios en la parroquia donde se les acompaña a resolver trámites burocráticos y médicos y se les pone en contacto con los recursos disponibles para ellos.

Junto con Cáritas se valoran muy positivamente las ONGs confesionales y lideradas por instituciones o congregaciones religiosas, como es el caso de la “Asociación para la Solidaridad” redentorista y presente en nuestra parroquia. También las bolsas de caridad de las cofradías. Esta valoración positiva es, sin lugar a dudas, una fortaleza de la iglesia, y proviene no sólo de quienes reciben las ayudas, sino que es compartida también por otras personas no creyentes.

En estas últimas décadas se constata una mayor implicación de los creyentes en problemas humanitarios y más tolerancia ante la diferencia, sea de género o ideológica

En lo que todos estamos de acuerdo es en que una de las mejores formas de hacer llegar nuestra voz cristiana es dando ejemplo con nuestra forma de vida. Con respecto a la acción social, la atención de enfermos y mayores es buena.

Unidad de la Iglesia:

Se percibe como otra fortaleza, frente a la división en otras confesiones cristianas.

Capacidad de crítica:

A pesar de las críticas a la jerarquía, manifestadas en anteriores apartados, se opina que esta crítica es una fortaleza, ya que es una prueba de la mayoría de edad del laicado y de considerar a la Iglesia como una comunidad formada por todos. La iglesia ofrece algo nuevo, que nos lleva a sentirnos orgullosos de formar parte de la misma, de ser imitadores de Cristo, como forma de vida, más allá de tradiciones o costumbres.

En este mismo apartado se deja constancia de que el ejercicio de la autoridad en la parroquia se ejerce con “naturalidad”.

Nuestra Parroquia:

En las fortalezas reseñadas concedemos un gran papel a nuestra Parroquia y a la comunidad Redentorista de Sevilla, que la mantiene y dinamiza. Son a destacar, entre otras, su actitud de acogida, que hablamos con libertad, que siempre está atenta a las necesidades de todos, sin limitaciones, en la que la participación de los laicos tiene mucha y variada presencia en la vida parroquial, etc.

III.- ASPECTO 3: Desafíos para la iglesia (local y general).

De entre todo lo reflexionado y compartido por las personas que han participado en las reuniones de los grupos sinodales, en este apartado se trata de intentar esbozar los principales desafíos que entendemos que se presentan para la iglesia. Algunos de ellos pensamos que recaen ya muy directamente sobre nuestra comunidad parroquial, pues tenemos una responsabilidad directa sobre los mismos (aunque otros ámbitos eclesiales más amplios también puedan actuar). En cambio, otros de estos desafíos puede que queden algo más lejos de nuestra acción directa, porque sean más bien de la responsabilidad de estructuras superiores de la iglesia (aunque desde nuestra comunidad parroquial siempre es y será posible hacer algo al respecto).

Como en toda esta síntesis parroquial, hemos procurado ser fieles a lo expresado y compartido en las reuniones, utilizando para la redacción, a veces, más o menos las palabras literales con las que las personas se expresaron. Por su naturaleza y su extensión, no nos es posible reflejar absolutamente todo lo compartido, sino destacar lo más importante y/o mayoritario.

Fortalecer el tejido comunitario de la iglesia, desde cada parroquia y hacia ámbitos superiores, a todos los niveles.

La gran mayoría de las personas que han participado han destacado la enorme diferencia que se experimenta entre ser miembro de la iglesia de una forma más individual (por ejemplo, asistiendo “como oyente o espectador” a celebraciones), o participar en grupos comunitarios, del tipo que sea (de formación, de trabajo o servicio, de compartir oración y/o vida, etc).

Para “caminar juntos” tenemos por delante un camino en el que iremos aprendiendo (juntos) a hacerlo. Pero antes de poder hacerlo, hace falta querer hacerlo, y para ello es imprescindible sentirnos comunidad, un “nosotros” que se va descubriendo y consolidando poco a poco. Ello requiere de un conocimiento y un trato directo de persona a persona, de unas relaciones interpersonales profundas que van más allá de la mera educación y de la superficialidad con las que nos tratamos a veces en la sociedad entre simples “conocidos”.

Se ha valorado mucho la implicación personal que se favorece desde los grupos, y el enriquecimiento personal y la madurez en la fe que vienen de escuchar y acoger las vivencias y puntos de vista de los demás, diferentes de los propios. También se favorece una actitud más activa y participativa de las personas, por lo que se avanza en corresponsabilidad y en “caminar juntos”. Y, por último, en y desde la participación en grupos, cada persona puede (y debe llegar a) sentirse acogida comunitariamente, acompañada en su caminar, interpelada y favorecida en su crecimiento, ayudada a descubrir su misión personal, y animada y fortalecida para desempeñarla en el servicio a los demás, del modo que sea.

-Mayor y mejor animación y formación para y hacia unas comunidades más fuertes y más vivas. Reformar nuestras estructuras para que lo favorezcan.

-Animar y favorecer que todas las personas puedan expresarse con sinceridad, y desde el corazón, sintiéndose acogidas, con tranquilidad, pero también con valentía y sin autocensurarse. Ir afrontando y superando los obstáculos que hemos detectado: tradición, costumbrismo, timidez, vergüenza, desconocimiento de la norma, no sentirse preparados... Dejar de percibir las posiciones oficiales de la iglesia como unos límites infranqueables, ni para pensar ni para expresarnos.

-Potenciar las ocasiones y los ámbitos de participación directa comunitaria, para expresarnos y escucharnos unos a otros directamente, sin filtros ni intermediarios, tanto en los grupos pequeños, como también intergrupos.

Crecer en apertura, y mejorar la acogida y la aceptación de todas las personas, independientemente de su orientación y/o de sus circunstancias.

Hemos constatado que son muchas las personas que, en su experiencia personal, no se sienten acogidas, sino dejadas al margen de nuestro “caminar juntos” como iglesia (también con la sociedad). No podemos abordar todas las problemáticas, tratadas, pero sí brevemente las principales.

Muy mayoritariamente los jóvenes (pero no sólo) constatan que en la iglesia no se entiende, ni se acepta, ni se acoge bien la diversidad de orientaciones sexuales. Otro grupo de personas tradicional e históricamente no bien acogidas son las que en cierto lenguaje eclesial se designan como “situaciones familiares irregulares”, es decir, separados, divorciados, o modelos de familia distintos del “tradicional” (la pareja heterosexual). Tampoco acogemos como debemos y queremos hacerlo a los económicamente pobres, o a los dejados al margen por la sociedad, entre ellos a los que nuestros voluntarios de Proyecto Donders se refieren tan acertadamente como “Hermanos Sin Hogar”.

También queremos mencionar expresamente a los jóvenes, muchos de los cuales reiteradamente expresan no sentirse bien escuchados ni atendidos en sus necesidades particulares, que muchas veces pasan por formas y caminos nuevos de vivir y expresar su espiritualidad, más adecuados para ellos, y diferentes a los que tradicionalmente estamos acostumbrados y sirven a la mayoría de adultos y/o mayores.

Este desafío de crecer en apertura y acogida bien podría desdoblarse en una doble tarea. Por un lado, una “conversión personal” orientada hacia el respeto y el reconocimiento de la dignidad debida a todo ser humano, independientemente de su orientación sexual o circunstancias vitales, dejando atrás nuestros miedos a “lo diferente”, nuestras prevenciones y prejuicios, creciendo en apertura, tolerancia y aceptación. Por otro lado, reformas y cambios en nuestros planteamientos, estructuras y procesos como iglesia, para favorecer esa mejor acogida.

Revisar el papel de la mujer, favorecer sus posibilidades y combatir sus limitaciones.

Constatamos una abrumadora mayoría entre quienes creemos que las mujeres desempeñan la mayoría de los servicios y son la gran fuerza de trabajo en la base eclesial y, sin embargo, su presencia es los puestos de responsabilidad, toma de decisiones y gobierno eclesial es nula o insignificante. Si bien es cierto que parece que algo está cambiando en este sentido, poco a poco, constatamos que la brecha comparativa entre la iglesia y nuestra sociedad no disminuye, sino que se agranda, porque la sociedad avanza (aunque poco, según algunas opiniones) mucho más rápido que la iglesia (también en este asunto).

Muy mayoritariamente, no se entiende que la vocación, el carisma, la capacidad o la disponibilidad para ciertos servicios o puestos tenga nada que ver con el género. Hay asuntos concretos sobre los que hemos dialogado, por ejemplo, el acceso a la ordenación sacerdotal para las mujeres, en los que constatamos cierta diversidad de puntos de vista.

Pero con una perspectiva general y amplia, constatamos que son necesarias, con urgencia, profundas reformas de todo tipo para avanzar en este sentido, para remover obstáculos y para potenciar el acceso de las mujeres en condiciones de igualdad con los

hombres. Aún más, en iglesia no nos podemos seguir permitiendo por más tiempo el error (que seguimos pagando caro) de que la mentalidad masculina sea casi exclusivamente la única presente en los discernimientos y tomas de decisiones eclesiales. Y en este sentido, ya en nuestra comunidad parroquial tenemos bastante que mejorar y aprender.

Poner en valor el enriquecimiento que supone la diversidad y la pluralidad, interna y externa. Y al mismo tiempo, destacar que no pone en peligro lo más importante que nos une.

Vivimos en un clima de creciente crispación y radicalización, y nos afecta –entre otras formas- en que a veces le damos mayor importancia a lo que nos diferencia (que no significa que “nos separe”) que a lo que tenemos en común. Por eso quizás “tememos” la diversidad y la pluralidad, porque nos retan y nos sentimos amenazados de disgregación. Pero cuando la normalizamos y la vivimos, la experimentamos sobre todo como una oportunidad de crecimiento y maduración, y como un antídoto contra la “uniformización”.

Superar actitudes victimistas, y sentimientos de acoso o ataques a la iglesia, para tratar de escuchar las legítimas razones o denuncias que pueda haber en cada caso.

En bastantes ocasiones (también con motivo de los casos de abusos sexuales o de conciencia, o el asunto de las “inmatriculaciones” de bienes, o los casos de corrupción de varios tipos...) hemos expresado y se ha compartido una cierta crítica a nuestra forma en la iglesia de escuchar a la sociedad, apuntando que parece que –a veces- sólo queremos escuchar lo que nos conviene. Si bien es un hecho (normal, por otra parte) que hay personas u organizaciones más o menos hostiles a la iglesia como institución, nuestro desafío es que este hecho (que no es toda la realidad) termine encerrándonos hacia dentro, en una actitud defensiva, en una consideración de “enemigo” hacia todo el que sea distante o indiferente a la iglesia. O en una cierta actitud de “sospecha permanente” hacia “el mundo”. Más bien, hemos de procurar escuchar, con limpieza de ojos y corazón, las experiencias y circunstancias de cada caso, procurando discernir lo que de legítimo y verdadero haya, y reconocer la realidad de lo sucedido. Y si es el caso, pedir perdón, reparar el daño causado, y reformar lo que proceda para evitar que se sigan dando esas situaciones. Como añadido, en la misma medida en que sigamos sintiéndonos “victimas del mundo”, nos estaremos incapacitando para ver ese mundo como la creación de Dios, la masa en la que estamos llamados a ser levadura.

Modernización y actualización.

Tras habernos felicitado de la presencia de abundante vida joven en nuestra parroquia, bastantes adultos comparten su preocupación porque ni la enseñanza religiosa escolar, ni tampoco nuestras catequesis de iniciación cristiana, ya no “fidelizan”, no consiguen garantizar la continuidad de las personas en la iglesia, más allá de una cierta edad. Por otro lado, muchos jóvenes mencionan insistentemente el término “modernización” como respuesta a la pregunta de qué debería cambiar en la iglesia para que consiga transmitir con mayor fidelidad el evangelio, o para que contribuya a la construcción de un mundo más justo y más humano. Se quejan de que muchas veces se intenta sin más aplicar textos o recetas de otros tiempos que ya no son aplicables -así tal cual- a nuestros contextos modernos. O de que la iglesia es muy amplia y diversa, y a veces el precio a pagar por ciertas formas de entender la unidad es que no pueden aplicarse cambios o reformas por igual en todo el

mundo, pues pueden ser tardíos, cortos o insuficientes en algunos sitios, o precipitados o excesivos en otros...

Abrir cauces a las nuevas sensibilidades, a las nuevas formas de aproximación a la espiritualidad (reclamados por jóvenes y adultos), distintas a nuestros acostumbrados itinerarios religiosos y eclesiales.

Ampliar nuestra tradicional pastoral estructurada en torno a los sacramentos, explorando también caminos nuevos que acompañen procesos personales, individuales y comunitarios, y formas nuevas de vivir la espiritualidad, la trascendencia y el encuentro con el Misterio de Dios.

Creatividad y renovación en la liturgia y la pastoral para que conecten mejor con todas las sensibilidades y las mentalidades, también las de los nuevos tiempos, y consigan atraer, interesar y nutrir a más personas.

Resulta difícil condensar todo lo compartido al respecto de este punto. Podría resumirse con las palabras del Papa Francisco, cuando cita a Mahler y comparte que “la fidelidad a la tradición no consiste en venerar las cenizas, sino en custodiar el fuego”, añadiendo “de lo contrario, el Espíritu Santo sería humillado”. “¿Os sentís más inclinados a adorar vuestras propias cosas, que os encierran, u os sentís llamados a custodiar el fuego del Espíritu?”.

La corresponsabilidad como antídoto contra las actitudes clericalistas.

Hay una cierta forma y estilo de estar y hacer en la iglesia (las actitudes clericalistas, que no necesariamente se limitan a los curas, pues hay laicos/as que las practican, y mucho), que consiste en intentar ocupar espacios (de responsabilidad, poder, decisión...), controlarlos y extenderlos. Y que se opone a otra, que consiste en favorecer procesos, que van implicando progresivamente a más y más personas.

Favorecer la corresponsabilidad, y asegurarnos del ejercicio de la autoridad como servicio (y no como expresión de poder), son desafíos importantes que afrontar en la iglesia, aunque no se percibe como algo que nos afecte de forma preocupante en nuestra comunidad parroquial.

Reforma de estructuras hacia una iglesia más sinodal.

Desarrollar, establecer, evaluar y mejorar mecanismos de control y de rendición de cuentas de los cargos de responsabilidad y decisión, de los representantes a sus representados, de cada nivel jerárquico eclesial a sus niveles inferiores.

Agilizar y dinamizar los procesos de discernimiento, tomas de decisiones, y reformas que se decidan.

Se quedan sin reseñar puntos que se han expresado y compartido, pero pensamos que ha quedado reflejado lo más destacado.

IV.- ASPECTO 4: Temas que son prioritarios de potenciar.

Recordamos que el tema de esta XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, a celebrar en 2023, es **“Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”**.

En el documento preparatorio (DP, 7) se indica que *“no obstante nuestras infidelidades, el Espíritu continúa actuando en la historia y mostrando su potencia vivificante. Precisamente en los surcos excavados por los sufrimientos de todo tipo padecidos por la familia humana y por el Pueblo de Dios están floreciendo nuevos lenguajes de fe y nuevos caminos capaces, no sólo de interpretar los eventos desde un punto de vista teológico, sino también de encontrar en medio de las pruebas las razones para **refundar el camino** de la vida cristiana y eclesial...”*

Son estos conceptos de misión y camino los que nos han hecho reflexionar sobre aquellos puntos que son necesarios de potenciar con vistas a construir un mejor futuro para la Iglesia. Sólo vamos a enumerarlos, con una muy breve descripción, pues son muy conocidos y de actualidad.

Las dos líneas fundamentales de acción son:

-La Iglesia tiene que avanzar en atender, escuchar e integrar a las personas más débiles.

-Fortalecer el tejido comunitario de la Iglesia, desde cada Parroquia, desde cada Diócesis, desde cada unidad organizativa.

-Divorciados y separados:

Los divorciados y vueltos a casar, no han de quedar “al margen de la ley”. su fracaso matrimonial no debería identificarse como un fracaso de fe, y por tanto, no debería generar la exclusión de la participación en la Iglesia.

Hay que dar soluciones a las personas y esto se debe hacer de manera ágil y eficaz, pues la Iglesia suele ser lenta para tomar decisiones y hacer cambios.

Mujeres y personas de vida consagrada (religiosas):

Tienen poca representatividad en los órganos de participación de la iglesia diocesana en particular y en la iglesia católica en general. Entendemos que hay necesidad de evolucionar y de hacerlo con la sociedad, teniendo las mismas posibilidades que los hombres en la iglesia.

Corrupción, inmatriculaciones, pederastia, colectivos LGTB, sacerdotes secularizados:

Son todos temas muy sensibles que debemos ir afrontando con la mayor delicadeza personal posible. Situaciones puntuales discriminatorias deben abordarse de forma clara y sin miedos a pérdida de imagen y prestigio. Deben sentirse plenamente aceptados en la comunidad.

Reformas:

La reforma de las estructuras es fundamental, hay que ir introduciendo cambios poco a poco. Surge de una necesidad que ya es evidente, pero implica un compromiso por parte de todos. Conseguir algo coherente y llevarlo a la práctica es un logro. Es el principio del cambio.

Jerarquía:

Los conceptos que con más frecuencia salen al abordar este apartado son: “estructura piramidal”, “instancias superiores”, “autoridad”, “obediencia”, “relaciones jerárquicas”, “imposición”, “obligaciones”, etc. hay consenso en que la mejor pedagogía explicativa sería el ejemplo personal e institucional.

Así mismo, uno de los impedimentos es la tradición, el costumbrismo, el pensar que la Iglesia tiene razón y no se le discute nada. Dar por sentada la postura de la Iglesia, aunque pensemos que es momento de cambio: la tradición puede contradecirse con la realidad que vivimos, con los tiempos actuales.

Se sugiere que la Iglesia debería dar a conocer la diversidad de pensamiento que hay en ella. Sería positivo que se visualizara una Iglesia con más discrepancias, la haría más atractiva para quienes se acercan desde fuera.

Los seglares:

Es el grupo de mayor complejidad, por sus propias características. Los retos que con mayor frecuencia salen son: la necesidad de ser escuchados, revisar las iniciativas para atraer a los jóvenes a la iglesia en la diócesis, animar la participación de las personas mayores, ampliar la participación de los fieles en la toma de ciertas decisiones, etc.

Los seglares pueden aportar perspectivas diferentes y ser también fuente de inspiración para personas que quieren vincularse a la iglesia desde su carisma seglar. Solicitan mayores responsabilidades, no sólo ejecutivas, sino incluso organizativas.

Medios de comunicación:

Es un tema recurrente. La Iglesia no tiene capacidad para generar opinión pública positiva porque no tiene apenas presencia en los grandes medios de comunicación y éstos no son proclives a airear lo que la Iglesia hace bien, sino más bien lo contrario.

La Iglesia debería dar pasos en la comunicación de sus mensajes: Muchos de ellos se quedan en el camino, aun siendo mensajes magníficos para la sociedad. No está utilizando bien sus propios medios de comunicación.

V.- ASPECTO 5: NUESTRA VIVENCIA SINODAL (A nivel personal y grupal)

¿Hemos pensado que el Sínodo es importante? ¿Por qué?

Por la doble oportunidad que se nos da a los laicos de reflexionar y de compartir nuestras opiniones y puntos de vista:

- sobre nuestra experiencia y actitud cristiana a nivel individual y como grupo que forma parte de una comunidad parroquial,
- sobre nuestro papel en la iglesia y sobre la organización de la iglesia como institución.

Porque en muchas ocasiones, en los grupos ya establecidos desde hace tiempo y que tienen un cometido específico, con las prisas y la organización del día a día, no podemos plantearnos dialogar sobre todos estos temas.

Porque nos da la oportunidad de implicarnos y ser partícipes en temas que nos afectan a todos los cristianos. Da espacio para que todos dialoguemos desde distintos puntos de vista. Ha sido enriquecedor tratar de diferentes temas con absoluta libertad, algunos que en

otra época hubieran sido tabú. La pluralidad de expresiones hace que maduremos en la fe. Es un fenómeno que no se ha producido nunca en la Iglesia, y es sin duda un avance.

Porque es la forma de recordarnos que la iglesia es la unión de todos los fieles, y todos tenemos nuestra misión y responsabilidad. Todos somos necesarios. Estos encuentros nos han permitido expresarnos y abrir una puerta para que la jerarquía sepa lo que piensan los fieles.

¿Cómo nos hemos sentido y cómo hemos vivido nuestras reuniones?

En nuestros diálogos hemos expresado ciertas **expectativas** positivas. Unos ejemplos:

- Quiero apoyar al Papa para actualizar la iglesia respetando la tradición.
- Quiero participar para ser proactiva y aportar mi parte para la mejora de la iglesia.
- Esta vez parece que están interesados en escuchar más voces, no sólo las de la jerarquía.
- Creo que el Sínodo es un golpe del Espíritu, para volver a retomar el Concilio Vaticano II.
- Pienso que estamos en los primeros pasos de una nueva era eclesial, para irnos ajustando más a la tradición de los orígenes.
- Es un proyecto valiente de quienes se fían en Dios, y me parece entusiasmante.
- Creo que solamente en el camino vamos a conseguir mucho, ganaremos en responsabilidad.
- Creo que es sobre todo una oportunidad de aprender y de avanzar en el camino adecuado.
- Hemos de ser sinceros, valientes y honestos para expresarnos y para escucharnos.

Pero también teníamos **reservas**. Otros ejemplos:

- A ver si luego de dar nuestras opiniones nos escuchan...
- Espero que salga la iglesia al menos un poquito cambiada.
- Hasta qué punto va a ser posible tomar decisiones contando con la opinión de las bases, siendo unos y otros tan distintos...
- Dudas razonables sobre cuánto estará dispuesto a aceptar la Iglesia "jerárquica", de las peticiones y sugerencias que le vengán de la "base".
- Es un momento para la mayoría de edad de los laicos, es nuestra responsabilidad, pero estamos empezando...
- Tenemos que tener cuidado con unas expectativas demasiado altas.

Muchas de las personas que han formado parte de los grupos se conocían desde hace tiempo, lo que ha facilitado que nadie se haya sentido intimidado, y se haya podido manifestar libremente todas las opiniones. En otros grupos las personas se conocían poco o nada entre sí previamente, pero también las personas han sabido y podido expresarse con sinceridad y libertad.

Mayoritariamente, hemos recibido la invitación a participar en este proceso sinodal con alegría, con ganas de participar y de compartir nuestros puntos de vista. El ambiente ha sido colaborativo. Hemos sido participativos y respetuosos en cada grupo con todas las

opiniones, llegando al debate constructivo en muchas ocasiones. Hay quien manifiesta explícitamente que se ha sentido “feliz” por poder expresarse en ese clima.

A veces se ha experimentado una sensación extraña al no haber tenido nunca oportunidad de hablar de todo esto.

Hemos experimentado la pluralidad y diversidad de visiones, puntos de vista y opiniones entre nosotros/as, sobre muchas cuestiones, algunas de menos importancia o trascendencia, otras de más.

Hemos vivido esa pluralidad sin demasiados nervios, quizás a veces con algo de incomodidad, pero no mucha, tratando de comprendernos unos a otros, desde la tolerancia y el respeto. A veces hemos experimentado que alguien interrumpía la intervención de otra persona, “saltaba” porque se estaba expresando alguna opinión que se alejaba más o menos de la visión oficial de la iglesia. Pero se ha pedido perdón por la interrupción, y se ha podido terminar de expresar ese punto de vista. Constatamos que a veces nos cuesta “no saltar” cuando nos sentimos atacados personalmente en nuestras convicciones, o sentimos que se critica “la verdad de la iglesia”. Pero nos ha parecido positivo ir aprendiendo juntos a dejar a los demás expresarse libremente, sin autocensurarnos por entender la posición oficial de la iglesia como “límites” que no se pueden traspasar.

Nos ha gustado el método adoptado para estas reuniones, pues favorece la participación. Hay quienes han echado de menos más asistencia y por tanto más opiniones.

A otros les ha llamado la atención lo abierto del planteamiento del Sínodo, con un documento muy amplio, inconcreto a veces, y en opinión de algunos/as, sin unas directrices claras sobre qué se busca ni sobre cómo buscarlo. Hay quienes han visto en ello una oportunidad para opinar libremente, sin un marco que excluya temas, y quienes hubieran preferido centrar el tiro concretando el contenido y las dinámicas de trabajo.

Se ha expresado opiniones distintas sobre la respectiva responsabilidad en el proceso sinodal entre los sacerdotes, religiosos y los laicos.

Ahora nos quedamos expectantes, con la confianza de que nuestra participación aporte en este camino sinodal, y tenga sus frutos, y confiando en el Espíritu Santo. Y sabiendo y esperando que este proceso que hemos tenido no haya sido una experiencia puntual, sino el inicio de una nueva forma de sentirnos, ser y hacer iglesia.